

RAZA, CLASE Y ACCIÓN COLECTIVA EN CUBA, 1895-1912: FORMACIÓN DE ALIANZAS INTER- RACIALES EN EL MUNDO DE LA CAÑA

Rebecca J. Scott



Las décadas que rodean el *fin de siglo* en Cuba muestran evidencias de dos patrones antagónicos en las relaciones sociales de la post-emancipación.¹ La especialmente célebre Guerra de Independencia en Cuba perdura como una instancia casi única de movilización interracial a largo plazo en una sociedad agrícola alejada de la esclavitud por tan sólo una década. A nivel ideológico, varios destacados líderes del nacionalismo cubano se adhirieron a un credo explícitamente antirracista; en el campo de batalla, oficiales negros y mulatos comandaron soldados blancos, y viceversa. El caso de Cuba en este aspecto ha alimentado la historiografía nacionalista que coloca a la

¹ Quisiera agradecer a Paul Eiss, Ada Ferrer, Louis A. Pérez, Jr., Jordi Maluquer de Motes, Carlos Venegas y Michael Zeuske por sus discusiones sobre los temas que se tratan en este ensayo. También me he beneficiado de las críticas y sugerencias de Nell I. Painter, quien discutió una versión anterior de este ensayo cuando se presentó en Princeton. Adicionalmente, quisiera agradecer a Tim Scarnecchia por su ayuda para localizar y fotocopiar materiales de los U.S. National Archives, a Kristine Komives por la compilación y el ordenamiento de información, y a Javier Morillo Alicea por su ayuda para obtener material de la Universidad de Michigan. Finalmente, quisiera agradecer especialmente al equipo de la Biblioteca Nacional José Martí en La Habana, quienes, a pesar de las presiones de tiempo y circunstancia, me brindaron ayuda, ánimo y fotocopias.

identidad nacional por encima de la raza, y a José Martí y Antonio Maceo por encima de todas las divisiones.

Tan sólo catorce años después del final de la guerra, estalló un enfrentamiento en el que algunos habitantes, en su mayoría afrocubanos, participaron en protestas armadas en nombre de un Partido Independiente de Color. La represión del Estado estimuló un conflicto aún más extenso, y los rebeldes en Oriente atacaron los símbolos de su desposesión política y económica: los ingenios, los registros municipales y las tiendas de abastecimiento. A su vez, fueron atacados por el ejército, la Guardia Rural y los grupos de vigilancia, empeñados en suprimir la revuelta y en negarle legitimidad a los reclamos contra la discriminación racial.

La rebelión de 1912 fue presentada por la prensa nacional y sus contemporáneos blancos como un "movimiento racista". Los estudios recientes la han interpretado con mayor precisión como una revuelta campesina o una protesta dentro de una campaña más bien reformista por la igualdad racial. Pero al mismo tiempo, la filiación a una "raza de color" figuraba como un elemento central de auto-identificación para los organizadores del Partido Independiente de Color; la "raza" fue una señal de identidad negativa en el continuo proceso de represión. Conforme el ejército arrasó las zonas rurales, los cubanos negros y mulatos fueron juzgados por su apariencia física y ejecutados por supuestas complicidades en la revuelta.²

El contraste entre la colaboración interracial, por un lado, y la terrible represión racista, por el otro, se vuelve aún más dramático si se considera el papel central que jugaron los miembros del Ejército cubano en ambas instancias. Fue el Ejército Libertador en 1895-98 el que ofreció la avenida más amplia para el mejoramiento y el acceso a posiciones de liderazgo a los cubanos de color; existe evidencia

² Los estudios más recientes de estos eventos son los de Louis A. Pérez, Jr., "Politics, Peasants, and People of Color: The 1912 'Race War' in Cuba Reconsidered", *Hispanic American Historical Review* 66 (Agosto, 1986), pp. 509-539; Aline Helg, "Afro-Cuban Protest: The Partido Independiente de Color, 1908-1912", *Cuban Studies* 21 (1991), pp. 101-21; y Tomás Fernández Robaina, *El negro en Cuba, 1902-1958: apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1990. Véase también Rafael Fermoselle, *Política y color en Cuba: la guerrita de 1912*. Montevideo: Ediciones Géminis, 1974; y Aline Helg, *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1995. El texto de Aline Helg se publicó algunos meses después del coloquio en el cual presenté este ensayo. Le estoy agradecida por enviarme el borrador de su trabajo.

abundante sobre la colaboración real entre cubanos blancos, negros y mulatos de distintos rangos. No obstante, durante la represión de 1912, bajo el liderazgo de oficiales veteranos de la lucha independentista, las tropas cubanas fueron movilizadas para ubicar y exterminar a los cubanos de color que fueron vistos como “alzados”.

Hay varias maneras de interpretar esta aparente transformación del sentido de “raza” en la vida pública de Cuba. Una estrategia consiste en analizar los cambios provocados por las intervenciones de los Estados Unidos de 1899 a 1902 y de 1906 a 1909, así como los efectos corrosivos de la obsesión de los blancos norteamericanos por lo “negro” como un signo de peligro y degeneración. Los trabajos de Louis A. Pérez, Jr., han demostrado el grado de desprecio hacia los cubanos negros y mulatos —de hecho, hacia la mayor parte de los cubanos que no eran terratenientes o profesionales— por parte de las fuerzas de ocupación norteamericanas, así como la exclusión de los afrocubanos del servicio público mediante criterios de alfabetismo, “respetabilidad” y consideraciones explícitas de color. Entre otras cosas, esto significaba que los oficiales de la Guardia Rural, la guardia civil formada durante la primera ocupación, eran enlistados predominantemente entre aquellos clasificados como blancos. Pérez sostiene que la Guardia Nacional, y posteriormente el Ejército Permanente, más que descendientes directos de sus antecesores revolucionarios inmediatos, eran en realidad ejércitos coloniales.³

Otra manera de explicar la evidente transformación de la alianza interracial a la represión racista es cuestionar el metarelato del nacionalismo cubano sobre la historia, y preguntarse si el conspicuo anti-racismo formal de Martí y Maceo oculta la continuidad de un conflicto a través del período mismo de formación nacional. En un trabajo reciente, Aline Helg ha llevado a cabo esta labor revisionista con un interés particular en el liderazgo del movimiento anti-colonial, poniendo el énfasis en la profunda hostilidad de los nacionalistas cubanos de la élite hacia la igualdad afrocubana, a pesar de que compartían un proyecto revolucionario.⁴

³ Véanse los siguientes trabajos de Louis A. Pérez, Jr.: *Cuba between Empires, 1872-1902*. Pittsburgh, Pa.: University of Pittsburgh Press, 1983; *Army Politics in Cuba, 1898-1958*. Pittsburgh, Pa.: University of Pittsburgh Press, 1976; y *Cuba under the Platt Amendment, 1902-1934*. Pittsburgh, Pa.: University of Pittsburgh Press, 1986.

⁴ Véase de Aline Helg, *Our Rightful Share*.

Mediante un acercamiento un tanto distinto, Ada Ferrer ha observado de cerca los insurgentes negros en el período de 1868 a 1898 y ha examinado el significado que la democracia y el nacionalismo tenían para los soldados rasos que participaron en la guerra. Ferrer argumenta de manera convincente que algunos insurgentes negros formularon una visión igualitaria de la Cuba Libre que iba más allá del igualitarismo de Martí, ciego a las diferencias raciales, para abarcar una fuerte demanda de responsabilidades recíprocas y obligaciones morales.⁵ Esta visión, sin embargo, no se incorporó al “patriotismo” de la élite ideológica de la posguerra, dejando a importantes veteranos afrocubanos aislados de muchos de sus anteriores aliados.

Juntas, estas tres líneas de investigación pueden contribuir a conformar una explicación convincente sobre la evolución de las ideologías raciales en Cuba, tanto en la teoría como en la práctica.⁶ Nos pueden ayudar a entender cómo una nación fundada en una lucha explícitamente antirracista, interracial, pudo convertirse en una nación donde las políticas de exclusión y la represión racista fueron posibles. Pero aún admitiendo la conocida tendencia de los estados nacionales a reaccionar violentamente contra las amenazas de desorden que provienen desde abajo, seguimos enfrentando preguntas cruciales sobre la conciencia popular y sus percepciones. El surgimiento de una represión racista, ¿significó la muerte definitiva de los ideales antirracistas de líderes como Martí y Maceo? ¿Cuán fuertes fueron las alianzas interraciales a nivel local antes y después del trauma de 1912?

En este ensayo me gustaría llevar a cabo un acercamiento indirecto a estas preguntas. Para entender la génesis de las alianzas interraciales y el conflicto racial me parece apropiado observar cuidadosamente

⁵ Véase Ada Ferrer, “The Black Insurgent and Cuban National Identity, 1895-98”, un ensayo presentado en el Seminario de Historia de Cuba, Universitat Autònoma de Barcelona, 25-26 de marzo, 1993 y “To Make a Free Nation: Race and the Struggle for Independence in Cuba”, University of Michigan, Ph.D., 1995.

⁶ En este ensayo, sólo veremos de paso la compleja cuestión de cómo se formaron en Cuba las categorías raciales y de “color”. Es claro que existían múltiples categorías entre los que eran percibidos como de descendencia africana, y que se empleaban varios términos para describir a la gente, incluyendo *negro* o *moreno*; *pardo*, *mestizo* o *mulato*; y *blanco* o *trigueño*. Al mismo tiempo, varios términos descriptivos podrían en ocasiones condensarse en una distinción blanco/de color, tanto por aquellos que se percibían como “blancos” como por aquellos que se percibían como miembros de una “raza de color”.

las bases, es decir, examinar cómo la gente se ganaba la vida, cómo fue reclutada para participar en la acción colectiva y cómo se desarrolló su participación en ella. Las ideologías de los líderes nacionalistas fueron cruciales en la creación de esas alianzas, y más tarde, en su socavamiento. Sin embargo, innumerables procesos cotidianos de interacción contribuyeron a la formación de las bases sobre las que se desarrollaron tanto las alianzas como los conflictos.

Lo más significativo en este caso no es el retorno al antiguo concepto de "relaciones raciales" —expresión ambigua que tiende a implicar una idea fija y homogénea de las categorías raciales— sino el análisis del significado de "raza" en un contexto histórico específico. Es bastante obvio que las identidades raciales en Cuba, como en cualquier lado, son producto de una construcción social; lo que no es tan claro es cómo a estas identidades, una vez construidas, se les dio una significación política y social muy específica para distintos tipos de lucha, en distintos momentos.

He optado por centrar la atención en una región específica, la próspera zona azucarera que rodea el puerto de Cienfuegos; y me propongo examinar los vínculos entre los modos de vida y la acción colectiva, entre la lucha y la vida cotidiana. Las plantaciones alrededor de Cienfuegos tuvieron una participación muy importante en el conflicto insurgente de 1895-98; y después de la guerra, ésta fue una de las primeras zonas donde apareció y tomó forma el movimiento interracial de los trabajadores azucareros. La protesta de 1912, dirigida por el Partido Independiente de Color, tuvo un eco notorio en la región, y la represión de los miembros del Partido no se hizo esperar. Un análisis de Cienfuegos podría entonces sugerir algunas de las maneras en que las frágiles alianzas interraciales, bajo ciertas circunstancias, se fortalecieron; y bajo otras, sucumbieron.

Ubicada en la costa sur de Cuba, en las fértiles tierras que rodean un extenso puerto natural, la jurisdicción de Cienfuegos en la provincia de Santa Clara se distinguió durante la colonización española debido al desarrollo de la industria azucarera; y hacia 1860, la mayoría de los ingenios funcionaba con sistemas de vapor.⁷

⁷ Véase Orlando García Martínez, "Estudio de la economía cienfueguera desde la fundación de la colonia Fernandina de Jagua hasta mediados del siglo XIX", *Islas* 55/56 (septiembre de 1976 a abril de 1977), pp. 117-169. García ubica el comienzo del crecimiento sostenido de la región hacia 1830, y acentúa la importancia de la construcción de la vía del ferrocarril en 1849,

Los terratenientes adquirieron grandes cantidades de esclavos africanos; primero, durante el período de importación más o menos legal, y después, durante la trata transatlántica ilegal que continuó hasta la década de 1860. Para 1862, el censo de la región sumaba 29,000 europeos, 17,000 esclavos, 8,000 habitantes de color libres y 1,000 asiáticos (generalmente jornaleros chinos).⁸ Aún después de la emancipación formal de los niños y ancianos esclavizados, gracias a la Ley Moret de 1870, la jurisdicción de Cienfuegos poseía alrededor de 13,600 esclavos; y el censo agrícola de 1877 mostraba que las propiedades todavía dependían fuertemente del trabajo esclavo.⁹

Difícilmente se podía esperar que una colaboración interracial surgiera de una sociedad tan jerarquizada. No obstante, la región también abarcaba un grupo significativo de agricultores que no poseían esclavos, algunos dedicados al cultivo de la caña, otros a cultivos de subsistencia, mientras que otros eran empleados de medio tiempo. La ocupación española, intrusa y militarizada, su exigente clase comerciante y una distribución sumamente desigual de los recursos, aun entre la población libre, provocó un llamado repetido a la agitación anti-colonial. Una vez que la agitación se convirtió en rebelión, el reclutamiento logró rebasar los lineamientos de clase y raza.

El primer gran conflicto anti-colonial en Cuba comenzó en 1868 como la conspiración de una élite separatista, pero que rápidamente se volvió más radical. Hacia la década de 1870, las fuerzas insurgentes, aunque quebrantadas por divisiones, habían incorporado un número importante de gente de color, incluyendo esclavos.¹⁰ En el

que viajaba al noreste recorriendo Palmira y Cruces, facilitando los envíos de los cultivos del interior. Para máquinas de vapor, véase Carlos Rebello, *Estados relativos a la producción azucarera de la Isla de Cuba*. La Habana: s.e., 1860, p.17.

⁸ Véase *Noticias estadísticas de la Isla de Cuba, en 1862*. La Habana: Imprenta del Gobierno, 1864.

⁹ Véase "Resumen general de los esclavos... por Jurisdicciones con arreglo al censo de enero de 1871". La Habana, 15 de noviembre, 1872, No. 39, Tomo 3, Legajo 4882, Sección de Ultramar, Archivo Histórico Nacional, Madrid (de aquí en adelante, AHN). Para 1877, véase *Revista Económica* 2 (7 de junio, 1878), pp. 7-24.

¹⁰ Véase Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1860-1899*. Princeton: Princeton University Press, 1985, primera parte [hay traducción española: *La emancipación de los esclavos en Cuba*. Traducción de Eduardo L. Suárez. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.]; así como Karen Robert, "Slavery and Freedom in the Ten Years' War, Cuba, 1868-1878", *Slavery and Abolition: A Journal of Comparative Studies* 13 (diciembre, 1992), pp. 181-200; y Ada Ferrer, "Esclavitud, ciudadanía, y los límites de la naciona-

Cienfuegos rural, la presencia de “enemigos” en las montañas contribuyó a socavar el control de las plantaciones. El 7 de noviembre de 1877, el administrador del ingenio Santa Rosalía reportó que dos hombres armados, uno blanco y otro negro, aparecieron súbitamente donde un grupo de jornaleros de la vecina hacienda de Soledad estaba trabajando, hicieron algunas preguntas y dijeron al grupo que no había razón para seguir trabajando ahí. En ese momento, los dos hombres se fueron, disparando conforme se alejaban. Los testigos no pudieron identificar al hombre blanco, pero el hombre negro, según dijeron, se llamaba Luis, residente de Santa Rosalía, donde trabajaba como montero, cuidando el ganado. El administrador creyó recordar que Luis había sido arrestado por haber comprado víveres para el enemigo y por haber ayudado a robar ganado. Instaba al terrateniente, Manuel Blanco, a tomar medidas para evitar que Luis fuera de un lado a otro “por su propia cuenta”, y advirtió que algún día podría causar un problema real. El administrador sospechaba que el hombre blanco era un vecino, y quería tomar medidas contra él también.¹¹

El incidente es revelador por varias razones. Junto con otras cartas de Santa Rosalía, sugiere que la frontera entre plantaciones de esclavos y sitios vecinos era porosa, y que la movilidad era relativamente fácil para una parte de la fuerza de trabajo. Hacia fines de 1870, el administrador de Santa Rosalía se quejó de algunos esclavos que habían huido del ingenio y que habían tenido la audacia de regresar a sus bohíos a dormir. Más aún, se sospechaba que el objetivo de las escapadas era para proveer al enemigo con ganado de la propiedad. Las quejas corrientes de los esclavos —relacionadas con alimentos y castigos, por ejemplo— se confundían ahora con la posibilidad de su colaboración con los insurrectos. El efecto concreto en los ingenios de la región fue claramente desconcertante.¹²

Las primeras guerras separatistas (la Guerra de los Diez Años y la Guerra Chiquita) concluyeron hacia 1880, pero la liquidación de la

lidad cubana: La Guerra de los Diez Años, 1868-1878”, *Historia Social* [Valencia, España] (1995).

¹¹ Véase Manuel Ma. de Vivanco a Manuel Blanco, Cumanayagua, 7 de noviembre, 1877, Colección Manuscrita Julio Lobo, Biblioteca Nacional José Martí. La Habana (de aquí en adelante, C. M. Lobo, BNC).

¹² Véase la correspondencia de Santa Rosalía durante la década de 1870 en C.M. Lobo, BNC.

esclavitud era ya irreversible. El Parlamento español intentó acomodarse a las necesidades de los hacendados diseñando una abolición gradual y estableciendo un período intermedio de “aprendizaje” durante el cual los esclavos debían trabajar para sus dueños a cambio de un salario simbólico. Pero las relaciones de poder en una sociedad esclavista que funcionaba eficientemente eran ya cosa del pasado.

En 1885, un administrador de Santa Rosalía escribió furioso al dueño explicando cómo una mujer negra del ingenio, frustrada en su empeño por seducirlo (la palabra usada por él es “magnetizarlo”), provocó un escándalo al darle una patada en público. Su reacción fue renunciar, rabiando y alegando que no había aceptado su empleo para ser pateado por mujeres negras, particularmente las de esa clase. Es difícil saber cuál es el aspecto más notable del incidente: la audacia de la mujer o la aparente incapacidad del administrador para resolver el problema.¹³

La abolición finalmente se consumó en 1886, y los hacendados rápidamente cambiaron a un patrón de trabajo asalariado en las plantaciones, combinado con un cultivo descentralizado para llevar más caña a los ingenios. Esta transformación generó una clase trabajadora caracterizada por una creciente diversidad étnica, incluyendo a inmigrantes de la España peninsular y de las Islas Canarias, quienes se unieron a los rangos de trabajadores asalariados y campesinos azucareros.¹⁴ En la región de Cienfuegos, grandes terratenientes, como el emprendedor Edwin Atkins de Massachusetts, adquirieron maquinaria nueva y propiedades a expensas de los endeudados agricultores cubanos. La familia Ponvert, multinacional en sí misma, prosperó junto con la familia Atkins y pronto los ingenios de la Soledad (Atkins) y Hormiguero (Ponvert) abarcaron gran parte de las tierras entre el pueblo de Cruces y el mar. En otros lugares de la zona, terratenientes españoles, cubanos y norteamericanos con acceso a capitales locales o norteamericanos adquirieron tierras azucareras, mientras que los cul-

¹³ Véase Pedro García a Manuel Blanco, 15 de marzo, 1885, en el Expediente No. 9, Cartas de varias personas dirigidas a Manuel Blanco propietario del ingenio Santa Rosalía, C.M. Lobo, BNC.

¹⁴ Para un resumen de la evolución de la producción azucarera en Cuba, véase Rebecca J. Scott, “Defining the Boundaries of Freedom in the World of Cane: Cuba, Brazil, and Louisiana after Emancipation”, *American Historical Review* 99 (febrero, 1994), pp. 70-102. Sobre la inmigración española, véase Jordi Maluquer de Motes, *Nación e inmigración: los españoles en Cuba* (ss. XIX y XX). Oviedo: Ediciones Júcar, 1992.

tivadores de menor escala solicitaron préstamos locales para financiar sus plantaciones, cuya cosecha entregaban a los grandes centrales.¹⁵

Sin embargo, los problemas fundamentales reflejados en el surgimiento de las primeras guerras no se resolvieron, y hacia 1895 estalló nuevamente la lucha por la independencia. Los separatistas emigrados unieron sus esfuerzos a los líderes nacionalistas de la isla para forjar una fuerza insurgente nueva, multirracial y muy poderosa. En menos de un año, los insurgentes organizaron una invasión dirigida al Oeste que llegó hasta las regiones azucareras centrales.

Cuando llegaron a la frontera de la región azucarera de Cienfuegos, Máximo Gómez y Antonio Maceo, líderes del ejército rebelde de las montañas de Oriente, ordenaron quemar los cañaverales. Los campesinos del lugar informaron que numerosas fuerzas españolas intentarían obstruir su avance. Conforme se preparaba para la confrontación, se cuenta que Maceo dijo: "Entró la nave en alta mar". La batalla que se libró en Mal Tiempo, cerca del pueblo de Cruces, fue una demostración impresionante de la capacidad del ejército insurrecto, en su mayoría afrocubano, para derrotar a los militares españoles en campo abierto. La irrupción de esta fuerza en el mundo jerárquico de los ingenios en Cienfuegos fue dramática y provocó una ola de reclutamiento para la fuerza insurgente.¹⁶

Las diferencias percibidas como "raciales" (e inclusive nacionales) parecen no haber sido un obstáculo para ingresar a las fuerzas rebeldes. Los símbolos del ejército mambí eran Gómez, de la República Dominicana, y Maceo, proveniente de una familia libre de color en Oriente. Los hombres y las mujeres provenientes de la región de Cienfuegos, y de la provincia de Santa Clara, que se unieron a la lucha, contaban entre ellos a individuos clasificados como blancos, mulatos y negros.

En ocasiones el reclutamiento era personal, se trataba de una conversación cara a cara entre amigos y vecinos que se habían unido al ejército insurgente y que confrontaban a aquellos que no lo habían

¹⁵ Véase Edwin Atkins, *Sixty Years in Cuba*. Reimpresión, Nueva York: Arno Press, 1980, pp. 108-113.

¹⁶ Una crónica clásica de la batalla de Mal Tiempo, y sus efectos en el reclutamiento de la región, se encuentra en José Miró Argenter, *Cuba: Crónicas de la guerra. Las campañas de invasión y de Occidente, 1895-96*. Reimpresión, La Habana: Editorial Lex, 1945, Tomo 1, capítulos 18, 19; la cita está en la página 170.

hecho. Prácticamente toda la fuerza invasora cabalgó o patrulló el ingenio de Hormiguero en su marcha al Oeste. Aun los que resistieron los llamados para enlistarse tuvieron dificultades para negar la información que se les pedía. Un nativo de las Islas Canarias, que administraba las colonias de Hormiguero, terminó ofreciendo información a un amigo suyo que era insurgente; sostenía que los soldados españoles para él eran como extraños y que nunca hablaba con ellos.¹⁷

La diversidad étnica de las plantaciones azucareras se reflejaba, hasta cierto punto, en el carácter multirracial de la fuerza insurgente. Gran parte de los altos mandos de los rebeldes en la provincia de Santa Clara, incluyendo Cienfuegos, estaba compuesto de individuos cuya categoría socio-racial era "blanca". El general José de Jesús Monteagudo, por ejemplo, parece haberse presentado a sí mismo como miembro de la clase blanca criolla, rodeado por oficiales de piel clara. Por otro lado, la brigada dirigida por Higinio Esquerro contaba con un número significativo de oficiales afrocanarios; y durante la guerra, los pequeños grupos bajo dirección local, que con frecuencia eran negros o mulatos, llegaron a controlar grandes sectores del campo.¹⁸

¹⁷ Declaración de Emiliano Silva y Placeres, desde el 15 de febrero, 1904, en Claim 293 (Hormiguero), Part Three, Entry 352, RG 76, Records of Boundary and Claims Commissions and Arbitrations, International Claims, Spain, Convention of 1898, Case Files, c. 1901-1910, United States National Archives (de aquí en adelante Entry 352, RG 76, USNA).

¹⁸ El análisis de las categorías raciales en el Ejército Libertador está lleno de dificultades. En primer lugar, existe la obvia limitante de que las categorías "raciales" son construcciones sociales, capaces de cambiar con el tiempo y en distintos contextos, y no son necesariamente discernibles o interpretables en memorias, fotografías o biografías. En segundo lugar, se encuentra el elocuente silencio que domina la mayor parte de la historiografía sobre este tema, un silencio que sólo hasta ahora se rompe por la labor pionera de Ada Ferrer y otros. En tercer lugar, está el tamaño del ejército y la complejidad de los documentos que dejó atrás. Mis generalizaciones aquí representan solamente observaciones muy preliminares, y estoy en deuda con mis colegas cubanos en La Habana por su ayuda en mi esfuerzo por comprender las identidades raciales en el Ejército de Liberación en Cienfuegos. El hecho de que algunos de estos colegas consideren erróneo mi esfuerzo, hace que su generosidad sea aún más apreciada. Mis agradecimientos, entonces, para Francisco Gómez Balboa, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, quien prepara un diccionario biográfico sobre los oficiales del Ejército Libertador en donde, él me ha dicho, las identidades raciales no figuran; y al recién fallecido Pedro Deschamps Chapeaux de la Academia de Ciencias. También he utilizado, con cierta precaución, algunas de las pertenencias de la Fototeca del Archivo Nacional de Cuba, particularmente el Reg. 104, Sobre 100, Caja M-11 y el Reg. 105, Sobre 101, Caja M-11 (H. Esquerro y otros) y el Reg. 102, Sobre 98, Caja M-11 (General José Monteagudo y otros).

Las victorias de los insurgentes y el reclutamiento que les acompañó fortalecieron la causa, pero para 1896-97 los efectos de la guerra en las tierras alrededor de Cienfuegos eran devastadores a un grado casi inimaginable. En septiembre de 1897, el alcalde de la municipalidad de Cruces envió un breve informe de dos páginas al ejército español detallando la destrucción de su región debido a incendios, que él atribuía a los insurrectos. Enumeraba los siete ingenios más importantes que habían sido destruidos y la fuerza de trabajo que por lo tanto quedaba desplazada. Los cálculos aproximados del alcalde estimaban la pérdida de empleos durante la cosecha, solamente en Cruces, en cerca de 7,000. Más aún, reportó que todas las pequeñas fincas de la región habían “desaparecido”, sin dejar una sola casa en pie salvo los bateyes de los ingenios.¹⁹

La combinación de ataques directos a través de incendios y el empobrecimiento provocado por el desempleo obligaron a los grupos rurales a elegir: entre la incorporación al ejército insurrecto como combatientes o cultivadores; la “reconcentración” en uno de los campos españoles establecidos para ese propósito; o la retirada a algún lugar fortificado.²⁰ Los crecientes saqueos de la guerra dificultaron en extremo la vida cotidiana de la gente que permaneció en los ingenios, independientemente de su lealtad a la idea de “Cuba Libre”. Para un trabajador negro de 58 años en la hacienda de Hormiguero, la estrategia insurgente de atacar los cañaverales e intentar detener la productividad de los ingenios violaba tanto su posibilidad de subsistencia como el respeto que la caña por sí sola merecía. Declaró que los insurrectos amenazaban a los trabajadores diciéndoles que “a cualquiera que se quedara, se le cortaría el cuello, se le cortaría la cabeza”. Quince o veinte días después, los insurgentes regresaron y encontraron nuevamente a los trabajadores en el campo:

Regresaron y nos encontraron trabajando, y nos dijeron ‘¿No les dijimos que no trabajarán?’ y nosotros contestamos ‘Estamos trabajando

¹⁹ Alcaldía Municipal de Cruces. Relación de las fincas quemadas en todo o parte por los insurrectos, 15 de septiembre, 1897, Legajo K-20, División 3a, Sección 2a, Ultramar, Archivo General Militar, Segovia (de aquí en adelante AGM-Segovia).

²⁰ Elías Ponvert de Hormiguero recuerda la creación de un pequeño pueblo de colonos, mujeres y niños dentro de los confines de su propiedad, protegida por una zanja y por un grupo de soldados españoles asignados al ingenio. Véase la declaración de Elías Ponvert, el 25 de enero, 1904, en Claim 293 (Hormiguero), Part One, Entry 352, Rg 76, USNA.

porque para nosotros es necesario trabajar', y entonces dijeron 'Dejen de trabajar en este momento: llévense sus herramientas fuera de aquí o los vamos a cortar a todos con machetes'.²¹

La guerrilla contra-insurgente organizada por los españoles representaba una angustia igual o mayor, ya que se dedicaba a saquear víveres y operaba con la impunidad que le daba su compromiso con el ejército español. La guerrilla parece haber reclutado a insurrectos renegados, inmigrantes españoles y cubanos empobrecidos. Su conducta provocó varias pugnas que no se resolverían hasta después de la guerra.²²

Para 1898, los separatistas cubanos habían puesto al Ejército español a la defensiva, obligándolos a evacuar sus fuerzas del campo y a prepararse para los asaltos a las ciudades. El fin de la guerra se adelantó debido a la invasión de las fuerzas militares de los Estados Unidos, aliados del ala más conservadora de la coalición separatista cubana. Después de la derrota de las fuerzas españolas, los Estados Unidos tomaron la isla y promovieron el rápido desmantelamiento del ejército revolucionario. Sobre la base de sus vestigios construyeron

²¹ Véase la declaración de Adolfo Olivera, en Claim 293 (Hormiguero), Part One, Entry 352, Rg 76, USNA. El testimonio de Olivera a los abogados de la *Treaty Claims Commission* nos recuerda que nuestra visión analítica de la flexibilidad y construcción social de las identidades raciales no debería opacar las experiencias vitales de inflexibilidad manifiesta. La versión original de este trabajo contenía la siguiente nota a pie:

Cualquier presuposición de 'fluidez' infinita en las categorías raciales cubanas resulta insuficiente ante la prosaica observación de un trabajador de Hormiguero de cincuenta y ocho años. Cuando se le hizo la pregunta rutinaria al comienzo de una declaración de si tenía alguna relación con el querellante Elias Ponvert, el trabajador replicó con brusquedad: 'Es imposible que yo sea pariente suyo: él es blanco y yo soy negro'.

Los comentarios de la profesora Painter plantean el problema acerca de qué se puede inferir de la observación de Olivera. La afirmación de Olivera es claramente un *non sequitur* biológico. Admito que, a pesar de ello, resulta revelador como un reflejo patente de la vasta distancia social puesta en términos de diferencias de raza aparentemente irreconciliables. Por lo tanto, las categorías raciales que eran en la práctica fluidas, podían a veces parecer mutuamente excluyentes.

²² Quisiera agradecer a Louis Pérez por compartir conmigo algunas de sus ideas sobre el papel de la guerrilla en el período de 1895-98, y durante la violencia que siguió a la guerra. Para testimonios sobre la guerrilla en Cienfuegos, véase la declaración de Paulino Castro y Rodríguez, un trabajador rural de Camarones que sirvió como guía a los españoles. Declaración de Paulino Castro y Rodríguez, desde el 24 de febrero, 1904, Claim (Hormiguero), Part 293, Three, Entry 352, Rg 76, USNA. Véase también la declaración de Peter M. Beal, en Claim 250 (Beal).

una Guardia Rural al servicio de los intereses de las nuevas fuerzas de ocupación.²³

Los criterios de confiabilidad y “respetabilidad”, como lo interpretaban las fuerzas de ocupación militar norteamericanas y los terratenientes cubanos, fueron impuestos a través de un proceso de selección, ofreciendo ventajas a los cubanos que eran percibidos como “blancos”. Sin embargo, dado el alto número de cubanos de color en el antiguo Ejército Libertador, y los patrones de clientela que teñían las relaciones sociales en el campo, no resultaba práctico crear una fuerza completamente segregada. Por más que los gobernantes norteamericanos prefirieron distanciarse de los cubanos de color, no les quedó otra opción que aceptarlos, cuando menos a los hombres enlistados en la Guardia Rural. No obstante, entre la alta oficialidad había una marcada ausencia de veteranos negros y mulatos. En Cienfuegos, José de Jesús Monteagudo, ex-oficial del Ejército Libertador, llegó a ser jefe regional y se convirtió rápidamente en colaborador de los terratenientes ofreciéndoles seguridad.²⁴

Aunque el destino de la soberanía cubana era incierto, el proceso de reconstrucción estaba listo para comenzar. La recuperación en la municipalidad de Cruces fue notablemente veloz. Las familias liberadas de los campos de concentración españoles se asentaron en las fincas arruinadas, y comenzaron a sembrar caña y productos de subsistencia. Una modesta zafra fue posible hacia el final del invierno de 1899, y el nuevo alcalde de Cruces pudo informar, en junio de 1900, que había crecimiento y optimismo. Las epidemias habían sido contenidas; ahora se esperaban las herramientas, los bueyes y los créditos agrícolas.²⁵

Desde el punto de vista de las grandes plantaciones en la región de Cienfuegos, éste era el momento para consolidar las propiedades y reanudar la producción.²⁶ La primera cosecha de la posguerra en la

²³ Véase Pérez, *Army Politics*, capítulo 1.

²⁴ Véase Pérez, *Army Politics*.

²⁵ Véase el Informe del Alcalde de la Municipalidad de Cruces por el semestre que finaliza el 30 de junio de 1900, File 1900: 3589, Entry 3, RG 140, Records of the Military Government of Cuba, USNA. No todos los alcaldes de Santa Clara eran igualmente optimistas; véase, por ejemplo, el registro de Trinidad, una antigua región adyacente a Cienfuegos, en el mismo archivo.

²⁶ La élite rural de Cienfuegos era cosmopolita; cada familia residía en un ingenio, pero se visitaban con frecuencia entre sí; y viajaban a Europa y Estados Unidos conforme la ocasión lo

Soledad comenzó una semana después de la ocupación, bajo la bandera norteamericana. Las tareas de protección fueron llevadas a cabo por guardias de seguridad; las cuestiones de política pública más importantes podían ser discutidas con las fuerzas de ocupación estadounidenses como entre amigos.²⁷ Los registros dicen muy poco acerca de la relación entre los pequeños agricultores asentados en tierras abandonadas durante la posguerra y el crecimiento de los inversionistas estadounidenses; parece probable, de todos modos, que este problema provocara tensiones.

Había una especie de separación entre las grandes estructuras de seguridad bajo custodia del ejército interventor norteamericano y las estructuras locales de poder. En varias zonas alrededor de Soledad, por ejemplo, Edwin Atkins informó que los insurgentes “comandados por oficiales negros” habían tomado el control, cobrando pequeños impuestos para mantener a sus propios hombres y preservar la paz. Atkins aparentemente llegó a un acuerdo con ellos, pero difícilmente se pudo imponer como una autoridad. Y en el pueblo, el cambio de la autoridad española a la estadounidense trajo consigo transformaciones sutiles en cuanto al acceso a espacios públicos. En enero de 1899, Atkins observó: “veo negros que ahora vienen a la Plaza, cosa que nunca estuvo permitida antes”. Cuando Máximo Gómez visitó Cienfuegos en febrero, la fuerza insurgente de la región, constituida mayoritariamente por gente de color, organizó un desfile, que contó con 800 hombres armados.²⁸ Las muestras de sentimientos en favor de una rápida independencia, sobre todo por parte de aquellos clasificados por los norteamericanos como “negros”, reforzaron el temor de los terratenientes sobre las consecuencias de una retirada de los Estados Unidos.

exigía. La expansión y consolidación de los ingenios fue veloz en el período entre 1890 y la primera década del siglo veinte. Además de los Atkins de Massachusetts, la lista de terratenientes incluía al clan haitiano-francés-cubano-norteamericano Ponvert de Hormiguero, así como a la familia cubano-inglesa Fowler de Parque Alto, a la familia cubano-venezolana Terry de Caracas y la familia hispano-cubana Apezteguias (con importantes vínculos norteamericanos) de Constanca. Para un retrato especialmente sentimental de este mundo, véase Katherine Steele, *Cuban Chronicle: The Story of Central Hormiguero in the Province of Las Villas, Cuba*. Fredericksburg, Virginia: edición privada, Holly Hill Press, 1961.

²⁷ Véase Atkins, *Sixty Years*, p. 112 y capítulos 21-23.

²⁸ Atkins, *Sixty Years*, pp. 297, 301.

La presencia de los norteamericanos podía postergar la independencia a nivel nacional, pero no podía evitar los desafíos de la clase trabajadora. La relativa escasez de una mano de obra sana, dispuesta a trabajar por los salarios ofrecidos, dio a los trabajadores una cierta ventaja; y la opción de empleo en las minas de Santiago de Cuba aumentaba la demanda. En la provincia de Santa Clara, los trabajadores de la vía del ferrocarril y los muelles sobresalían como los más militantes en sus demandas por mejores salarios e igualdad en los pagos a empleados cubanos y extranjeros.²⁹

En Cienfuegos, los estibadores se fueron a huelga con éxito en 1899 y obtuvieron un incremento salarial de 50 centavos. El 19 de febrero de 1900, los lancheros declararon una huelga nuevamente, y fueron rechazados por los dueños de barcos y los comerciantes. Entonces, acompañados por “estibadores, trabajadores del muelle, cargadores de la vía ferrocarril, carreteros, etc., para realizar una huelga de apoyo”, lograron paralizar el comercio. Los líderes de cuando menos dos de los tres sindicatos fueron identificados como mulatos.³⁰

Los muelles y la vía del ferrocarril estaban íntimamente relacionados con los ingenios, cuyos dueños confiaban en ambos para proveerlos de víveres y para exportar su producción. Los hacendados intentaron múltiples estrategias para lidiar con la amenaza de huelgas en los puertos. Edwin Atkins habló con el líder de los lancheros, a quien conocía como antiguo esclavo de la familia Jova, y obtuvo una breve reanudación de labores al prometer que iba a interceder. Según el relato de Atkins, lo que ocurrió fue un intercambio amistoso entre un poderoso norteamericano y un respetuoso cubano de color. Sin embargo, para las fuerzas militares de los Estados Unidos, el líder de los lancheros representaba una fuerza que había que tomar en cuenta: “Antonio Gómez Sosa, presidente de la asociación de lancheros, es el jefe de varias asociaciones laborales involucradas con la huelga, y se le ha acreditado como el líder. Gómez Sosa fue Mayor

²⁹ Véase el reporte anónimo al Chief of the Detective Bureau, La Habana, titulado “Report of a trip made through Santa Clara province, by a special agent, February 19, 1901”, File 1901: 1209, Entry 3, RG 140, USNA. Sobre las minas de Santiago, véase Atkins, *Sixty Years*, p. 307.

³⁰ Véase Edwin Atkins al General Leonard Wood, 21 de febrero, 1900, en File 1900: 504, Entry 3, RG 140, USNA. Los participantes incluyeron 250 lancheros, 200 estibadores, 110 cargadores y 75 carreteros. Véase también Mayor Bowman a Adjunto, Rowell Barracks, Pasa Caballos, 9 de marzo, 1900, en el mismo archivo.

en el ejército cubano y tiene una influencia considerable entre los trabajadores....”³¹

Atkins mismo no se limitó a los gestos paternalistas. Envío un telegrama al gobernador del ejército de los Estados Unidos recomendando que las actividades de la asociación de trabajadores fueran suspendidas. Finalmente, la huelga se solucionó mediante las negociaciones iniciadas por el alcalde. Los trabajadores del muelle vieron satisfechas sus demandas de pago en moneda norteamericana, y desde el 24 al 25 de febrero los residentes de Cienfuegos celebraron pacíficamente el quinto aniversario del inicio de la Guerra Cubana de Independencia.³²

El 20 de mayo de 1902, se completó la transferencia de la soberanía formal al gobierno de Cuba, bajo la dirección del viejo estadista Tomás Estrada Palma. Pero en vísperas de la siguiente zafra, tuvieron lugar nuevas y más duraderas huelgas en La Habana, y después en Cienfuegos. La huelga, comenzada por los tabaqueros, se volvió casi general en La Habana, donde se enfrentó con la violencia policial. Desde Cienfuegos se extendió hacia las plantaciones, y se informó que los trabajadores marchaban de ingenio en ingenio ondeando una bandera roja.³³

El Cónsul norteamericano en Cienfuegos informó que la producción se había detenido en las municipalidades de Lajas y Cruces, incluyendo las plantaciones de Caracas, San Agustín, San Francisco, Andreita, y Dos Hermanas, entre otras. Los hombres encargados de Hormiguero reportaron que “habían sido amenazados por hombres de color y que los trabajadores dejaron de laborar debido al miedo”.³⁴ Aquí, como en otros casos, la correspondencia entre terra-

³¹ Véase Atkins, *Sixty Years*, pp. 314-317, y Mayor Bowman a Adjunto, Rowell Barracks, Pasa Caballos, 9 de marzo de 1900, File 1900: 504, Entry 3, RG 140, USNA. Atkins no identifica el líder por su nombre; su nombre aparece en los documentos del Gobierno Militar.

³² Véase Mayor Bowman a Adjunto, Rowell Barracks, Pasa Caballos, 9 de marzo, 1900, File 1900: 504, Entry 3, RG 140, USNA. También véase el telegrama de Atkins a Wood, 21 de febrero, 1900, y otra correspondencia en el mismo expediente.

³³ Véase la secuencia de descripciones en *La Lucha* de noviembre a diciembre de 1902. La sección del periódico en español ofrecía mayores detalles sobre la huelga que la sección en inglés.

³⁴ La siguiente discusión sobre la huelga se basa en los telegramas de Baehr a Squiers, 29 y 30 de noviembre de 1902, y el borrador del despacho de Squiers a Hays, 2 de diciembre de 1902, en *Despatches from U.S. Ministers to Cuba*, RG 59, General Records of the Department of USNA (disponibles como USNA Microfilm Publications T158, roll 4); la información de la

tenientes y oficiales de los Estados Unidos refleja que las referencias de color parecen haber sido utilizadas para incrementar la idea de la amenaza de una clase trabajadora fuera de control.

La prensa local ofreció una información más detallada: varias "comisiones" de trabajadores enviados desde Cruces habían visitado cuatro fincas, incluyendo Hormiguero, para intentar obtener la suspensión de labores. Tuvieron éxito en varios de los ingenios de Hormiguero, pero la llegada de la policía y la Guardia Rural evitó cualquier acción posterior. Los editores de *El Imparcial* observaron de manera tendenciosa que la propaganda política tenía su lugar en espacios públicos, pero los ingenios eran propiedad privada. El periódico también mostraba cierta aprehensión a que ese tipo de actividades en propiedades estadounidenses pudieran tener serias consecuencias diplomáticas.³⁵

En el Cienfuegos rural, el telón de fondo de la huelga fue la formación de una nueva e importante alianza institucional. Al igual que en la huelga de los estibadores, los veteranos de color fueron organizadores activos, como Evaristo Landa, un oficial mulato de la guerra de independencia, quien fue uno de los líderes principales. No obstante, los activistas recurrieron a distintas instituciones, incluyendo las tradicionales asociaciones de asistencia mutua y nuevas agrupaciones políticas.

La asamblea de huelguistas en Cruces fue convocada en el viejo Centro Africano, un centro cultural que se remontaba a la época de la colonia. Dichos centros habían sido un elemento de "fraccionamiento étnico" que era parte de la estrategia española para controlar la población de Cuba, y una expresión de paternalismo de parte de los antiguos esclavistas como Emilio Terry, cuyas donaciones ayudaron a construir el centro en Cruces. Por otro lado, también esas instituciones funcionaron como lugares de reunión y un foco de expresiones

sección en español de *La Lucha* durante noviembre y principios de diciembre de 1902; y el ensayo de John Dumoulin, "El primer desarrollo del movimiento obrero y la formación del proletariado en el sector azucarero. Cruces 1886-1902", *Islas: Revista de la Universidad de las Villas* 48 (mayo-agosto 1974), pp. 3-66.

³⁵ Véase *El Imparcial* (Cienfuegos) 29 de noviembre y 1 de diciembre de 1902.

culturales, instituciones que podían dedicarse a la organización de las clases trabajadoras en la nueva república.³⁶

Los anarquistas españoles contribuyeron no sólo con su experiencia organizadora y con su oratoria, sino también con una clara ideología que denunciaba las divisiones nacionales y demandaba “la emancipación de todos los esclavos, la desaparición de todos los privilegios”. En 1902, participaron activamente en la formación de un Gremio de Braceros en Cruces, y un Gremio General de Braceros en Lajas, sentando las bases de la futura huelga. Para algunos activistas cubanos, el estilo de argumentación y el espíritu sectario de los anarquistas de la Península podía llegar a ser agotador, pero a través de sus periódicos y las reuniones abiertas ayudaron a conseguir apoyo y a asegurar la comunicación entre aquellos comprometidos con la lucha.³⁷

A nivel nacional, la huelga fue resuelta gracias a la intervención de importantes figuras políticas. En la provincia de Santa Clara, el gobernador civil, José Miguel Gómez, envió la Guardia Rural y ordenó el arresto de los miembros de la comisión de trabajadores. Sin embargo, la agitación en los ingenios no cesó; se seguían celebrando asambleas, continuaban circulando panfletos y se declaraban nuevas huelgas en los ingenios de Caracas y Santísima Trinidad. El próspero comerciante de Cienfuegos, Nicolás Castaño, rápidamente intentó organizar un Círculo de Hacendados que presentaría un frente unido a los huelguistas y una antesala para la reorganización y el fortalecimiento de la Guardia Rural.³⁸

La huelga de los trabajadores puso definitivamente en evidencia una nueva línea de división que penetraba la coalición nacionalista en Cuba. Para sostener su poder político, José Miguel Gómez, un veterano liberal con inclinaciones populistas, necesitó del apoyo de

³⁶ El término “fraccionamiento étnico” pertenece a Dumoulin, en “Primer Desarrollo”, p.7. Él señala que el Centro Africano en sí mismo representa una nueva y fabricada identidad “africana” relacionada con el período colonial tardío, que incorporaba identidades anteriormente separadas, las que eran representadas por los *cabildos* que se agruparon alrededor de las identidades “nacionales” africanas *lucumí*, *gangá*, *carabalí*, etc.

³⁷ La cita proviene de la carta de un corresponsal de Santa Clara al periódico *¡Tierra!*, citado por Dumoulin, en “Primer desarrollo”, pp. 15-16. Para un ingenioso retrato, caracterizado por la exasperación con lo sectario y rimbombante, de la pandilla de anarquistas vegetarianos asociados con este periódico de La Habana, véase Carlos Loveira, *De los 26 a los 35 (Lecciones de la experiencia en la lucha obrera)*. Washington, D.C.: The Law Reporter Printing Company, 1917, pp. 78-83.

³⁸ Véase el cuidadoso análisis en Dumoulin, “Primer desarrollo”.

las organizaciones de veteranos y del consentimiento de las clases propietarias. La unión de veteranos negros, mulatos y blancos cercana a las nuevas organizaciones de trabajadores, y su disposición a irse a huelga, pusieron en peligro tanto su estrategia como su maquinaria política. Más aún, las continuas huelgas en los ingenios de los norteamericanos podían provocar una nueva intervención de los Estados Unidos. El ministro estadounidense en La Habana fue directo en su telegrama al Secretario de Estado de su país: "Una huelga en los campos de azúcar significaría el más grande peligro para la vida y las propiedades de la isla, un peligro que este gobierno, y sus fuerzas disponibles, no puede contener."³⁹

La represión pronto tomó una ominosa forma extra-legal. El 7 de diciembre de 1902, dos jóvenes trabajadores "desaparecieron" en el área de Cruces; sus cuerpos no fueron hallados sino hasta ocho meses después. La Guardia Rural figuraba como el obvio responsable. Uno de los hombres muertos era un joven activista criollo, ex-trabajador de la industria del tabaco; el otro era un veterano que había trabajado como guardia jurado en un ingenio.⁴⁰

Los acontecimientos de 1902 anuncian dos desarrollos. Primero, hicieron claro que en el mundo multiétnico de los campos de azúcar, la movilización a gran escala podía cruzar las barreras que bajo otras circunstancias dividían a los cubanos de distintas categorías "raciales". Segundo, revelaban que aun los líderes populistas como el carismático José Miguel Gómez —quizás sobre todo los líderes populistas como Gómez— responderían con violencia calculada y represión a las acciones colectivas que no estuvieran bajo el control de la maquinaria política. No obstante, por el momento, la violencia no estaba codificada "racialmente".

Para los terratenientes y comerciantes de la región de Cienfuegos, la cosecha de 1902-3 se llevó a cabo bajo el signo del optimismo, con la anticipación de un nuevo Tratado de Reciprocidad para mantener los precios, y destacamentos de la Guardia Rural para silenciar

³⁹ Sobre la política de José Miguel Gómez en este momento, véase Dumoulin, "El primer desarrollo." Para los despachos, véase Squiers a Hay, 2 de diciembre de 1902, en *Despatches from U.S. Ministers to Cuba*, RG 59, USNA (T158, roll 4). Squiers parece haber pensado dos veces sobre esta brusca declaración, y al lado de la última frase escribió a lápiz la palabra 'omitir'.

⁴⁰ Véase la discusión en Dumoulin, "El primer desarrollo", pp. 25-27.

los desórdenes.⁴¹ Alrededor de 1903, el total de la producción de azúcar en Cuba rebasó nuevamente el millón de toneladas —marcando así una extraordinaria recuperación de la devastación de la guerra. La provincia de Santa Clara dominó sobre las otras cinco provincias, produciendo entre 30 y 40 por ciento del producto bruto de la isla, una posición que sostendría hasta el final de la Primera Guerra Mundial.⁴²

Mientras las exigencias de los trabajadores eran mantenidas bajo control, se incrementaba la inestabilidad política de la nación. Cuando Estrada Palma recurrió a medios corruptos para asegurar su propia reelección en 1906, las fuerzas del Partido Liberal organizaron una revuelta. Las lealtades forjadas entre 1895 y 1898 fueron invocadas y muchos veteranos afrocubanos volvieron a ascender en los rangos rebeldes.⁴³ La inhabilidad del gobierno central para contener el desafío armado de los liberales provocó la segunda intervención de los Estados Unidos, y de 1906 a 1909 la isla fue regida por un gobierno provisional impuesto por los norteamericanos. La región de Cienfuegos se llenó de campamentos militares estadounidenses.

En el resto de la isla, los trabajadores del ferrocarril, el tabaco y la construcción se fueron a la huelga, pero las propiedades azucareras de Cienfuegos permanecieron relativamente tranquilas.⁴⁴ Sin embargo, al mismo tiempo, se comenzaba a perfilar otra división en la vida pública. La evidencia de discriminación racial había aumentado y muchos veteranos de color creían que sus servicios patrióticos contaban muy poco en la asignación de cargos.

Por el momento, los líderes del Partido Liberal, particularmente José Miguel Gómez, todavía pudieron contar con el apoyo de los veteranos disgustados, pero la existencia de quejas de tipo racial incre-

⁴¹ Véase *El Imparcial* (Cienfuegos), diciembre, 1902.

⁴² Véase Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio: complejo económico social cubano del azúcar*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978, 3 vols, pp. 38,61.

⁴³ La importancia del año de 1906 en el refuerzo de patrones de clientela, mientras se facilita el ascenso de afrocubanos, es claro en las biografías de los líderes políticos locales preparados por la División de Inteligencia Militar. Para Cienfuegos, véase File 79, Entry 1008, Military Intelligence Division, Army of Cuban Pacification, RG 395, Records of the United States Army Overseas Operations and Commands, 1898-1942, USNA (de aquí en adelante Entry 1008, RG 395, USNA).

⁴⁴ Véase José Rivero Muñiz, *El movimiento laboral cubano durante el período 1906-1911*. Santa Clara: Universidad Central de las Villas, 1962.

mentaba la posibilidad de una ruptura futura. Un informe del servicio de inteligencia de la base norteamericana en Cienfuegos captura, si bien con cierta torpeza, parte de esta atmósfera:

GONZALEZ, ELOY, "GENERAL". Negro. Liberal. Edad: alrededor de 35 años. Sin ocupación. Domicilio: Calle Colón No. 50, Cienfuegos. Sirvió en el ejército cubano del 95 al 98, alcanzando el grado de mayor. En el reciente conflicto fungió como "general". Fue un perturbador entusiasta entre los negros de esta comunidad. Aspira a un puesto, y constantemente se queja de que no haya más cargos públicos desempeñados por negros...⁴⁵

En 1908, Evaristo Estenoz, un veterano de color radicado en La Habana, comenzó a organizar un "Partido Independiente de Color" para alcanzar ciertas concesiones relacionadas con el acceso a cargos públicos y otras reformas. Estenoz y sus aliados aparecieron periódicamente en el área de Cienfuegos, causando alarma entre los agentes del servicio de inteligencia norteamericana.⁴⁶ Hacia 1910, el Partido tenía 53 comités municipales en la Provincia de Santa Clara —más que en cualquier otra región. A nivel nacional, sin embargo, las iniciativas de Estenoz se estrellaron contra un muro de oposiciones. La mayoría de los políticos afiliados al sistema estaban comprometidos con un concepto no-racial o trans-racial del patriotismo cubano, y consideraban cualquier iniciativa basada en cuestiones de color como divisoria. En lo inmediato, los liberales temían una intrusión del Partido Independiente de Color en sus propias redes de apoyo.⁴⁷

Durante la segunda ocupación, las autoridades de los Estados Unidos expandieron la Guardia Rural y establecieron un ejército permanente, responsabilizándolos directamente no sólo de la protección de las propiedades sino también de la preservación del orden político. Cuando los Estados Unidos renunciaron al gobierno formal en 1909, dejaron atrás un aparato militar fortalecido, diseñado para uso in-

⁴⁵ Véase el Report No. 59, Cienfuegos, 2 de febrero de 1907, Item 59, File 79, Entry 1008, RG 395, USNA.

⁴⁶ Véanse los informes en File 79, Entry 1008, RG 395, USNA.

⁴⁷ Para estadísticas sobre los comités municipales y una discusión general sobre Estenoz y el movimiento de rebelión, véase Helg, "Afro-Cuban Protest", y *Our Rightful Share*.

terno. Los retos al orden dominante se enfrentarían por lo tanto a un aparato represivo revitalizado.⁴⁸

El escenario estaba listo para una posible confrontación. En 1910, el presidente Gómez detuvo a cientos de supuestos miembros del Partido Independiente de Color, y el Congreso de Cuba prohibió las actividades de cualquier partido político definido racialmente. Debilitado, el Partido Independiente de Color recurrió a la típica estrategia de organizar una protesta armada para demostrar su fuerza: el 20 de mayo de 1912, Estenoz y su segundo al mando, Pedro Ivonet, reunieron un grupo armado de militantes en la provincia de Oriente, exigiendo la revocación de la ley que había hecho su existencia ilegal.

En el área de Cienfuegos hubo un rápido eco: la prensa informó la presencia de “alzados” en las cercanías de Sagua La Grande y Santísima Trinidad. El 21 de mayo, un grupo local de rebeldes liderados por Simón Armenteros apareció en la región de Lajas, donde se enfrentó con la Guardia Rural. Armenteros aparentemente había organizado un grupo en un platanal cerca de Lajas, y después había robado caballos y sillas de montar. Posteriormente, el partido apareció en varias colonias azucareras, y se dijo que algunos campesinos abandonaban los pueblos temiendo un “movimiento sedicioso”. Las figuras locales, incluyendo oficiales de la guerra de 1895-98, rápidamente organizaron grupos paramilitares para asistir a las fuerzas armadas. Al día siguiente, los rebeldes aparecieron en el batey del ingenio Lutgardita cerca de Sagua, y llegaron noticias de la aparición similar de un grupo de diez personas de color en la colonia de Corcovado.⁴⁹

A la semana siguiente, aún había informes sobre grupos locales de rebeldes, pero la guerrilla y la Guardia Rural consiguieron detener y arrestar a varios de los alzados. La atención de la prensa local cambió rápidamente hacia los rebeldes más numerosos en la provincia de Oriente, y después hacia la represión que ahí comenzó a tomar lugar. El líder rebelde Ivonet anunció orgulloso que su grupo estaba compuesto de blancos y negros, y que aún las mujeres desenvainan machetes de sus cinturones para ayudar a la causa. Las afirmaciones de

⁴⁸ Véase Pérez, *Army Politics*, capítulo 2, y Pérez, *Cuba Under the Platt Amendment*, capítulo 4.

⁴⁹ *La Correspondencia* (Cienfuegos), 21-22 de mayo de 1912.

Ivonet se confirmaron parcialmente debido a la presencia de por lo menos un hombre blanco en uno de los grupos rebeldes de Lajas.⁵⁰

El 3 de junio de 1912, el presidente José Miguel Gómez suspendió las garantías constitucionales en la isla, permitiendo el aceleramiento de una represión sin trabas. Los soldados leales al gobierno en la región de Santa Clara se destacaron en las fuerzas enviadas a perseguir a los rebeldes en Oriente: José de Jesús Monteagudo reapareció a la cabeza de las fuerzas encaminadas a Santiago de Cuba; lo acompañaba Ibrahim Consuegra, otro ex-oficial de Las Villas. La represión que llevaron a cabo fue tenaz y brutal. Se dijo que el ejército estaba "cortando las cabezas, casi indiscriminadamente, de todos los negros encontrados fuera de los límites de los pueblos". Un oficial norteamericano de las fuerzas navales observó con frialdad que "la ejecución de negros inocentes habría servido el propósito de intimidar a los descontentos."⁵¹

La élite local de Cienfuegos condenó la "ingratitude infame de una parte de la raza de color contra el blanco que tanto se sacrificó por darle libertad: primero, por la abolición de la esclavitud y luego por su completa redención". Varios artículos didácticos sobre el desastroso destino de Haití acompañaron una crónica sensacionalista de la violación de una mujer blanca por un negro del lugar. Y cuando las noticias sobre la magnitud de la represión en Oriente llegaron a Cienfuegos, los periódicos locales explicaron pacientemente que si la Guardia Rural había hecho que algunos inocentes pagaran por los pecadores, ello era inevitable en una empresa de este tipo.⁵²

A pesar de los levantamientos, la formación de grupos paramilitares, el clima generalizado de represión y los llamados a "la gratitud" de negros a blancos, la ideología de supremacía blanca no llegó a dominar totalmente el discurso. La élite de Cienfuegos quería paz social y observaba con rencor a los rebeldes, pero no abandonaba su visión trans-racial de la nacionalidad cubana. Cuando llegó a Cienfuegos la noticia de que a algunos estibadores en La Habana se les negaba el trabajo en una compañía norteamericana debido a su color, el

⁵⁰ Véase *La Correspondencia* (Cienfuegos), 21, 22 y 28 de mayo, y 3 de junio de 1912.

⁵¹ Ambos citados en Pérez, Jr., "Politics, Peasants, and People of Color", p. 537, citado antes.

⁵² *La Correspondencia* (Cienfuegos), 2 de julio, 30 de julio, y 2 de agosto de 1912.

periódico denunció la afrenta y apoyó a los trabajadores que amenazaron con irse a la huelga en señal de protesta.⁵³

La discriminación, de hecho, podía ser reconocida y denunciada. Podía inclusive ser atacada por grupos populares de carácter interracial. Pero no había lugar para los esfuerzos autónomos de la gente de color que intentaran replantear estos asuntos en sus propios términos. La idea de un patriotismo trans-racial podía servir para acallar las críticas, aun cuando legitimara alianzas de consecuencias importantes.

Después de 1912, la región de Cienfuegos continuó presenciando movilizaciones de distintos tipos. Los grandes centrales azucareros con su fuerza de trabajo multirracial seguían siendo focos de organización. Cruces, en particular, era un polvorín lleno de activistas anarquistas, organizaciones de masas y un creciente grupo de trabajadores militantes. En 1917, volvieron a estallar las huelgas y los trabajadores hicieron avances para conquistar la jornada de ocho horas, comenzando su victoria en el ingenio de San Agustín.⁵⁴ La represión racial impidió ciertas formas de organización, pero no pudo evitar otras. Tanto el movimiento de los trabajadores azucareros como el Partido Liberal continuaron desarrollando alianzas interraciales. Un silencio calculado sobre asuntos de raza, en lugar de la total exclusión de la gente de color, era la orden del día.

CONCLUSIÓN

Los trabajadores de los cañaverales y los ingenios azucareros del centro de Cuba estaban unidos por una vida de trabajo compartida por hombres y mujeres clasificados como negros, blancos y mulatos, españoles y cubanos. Al mismo tiempo, estaban divididos entre colonos, agricultores que a veces actuaron como empleadores de mano

⁵³ Para una discusión más completa sobre los años de intervención, véase Rebecca J. Scott, "The Lower Class of Whites' and 'the Negro Element': Race, Social Identity, and Politics in Central Cuba, 1899-1909", presentado en el coloquio "La nación soñada: Cuba, Puerto Rico, y Filipinas ante el 1898", Aranjuez, España. Por publicarse en las Actas por la Editorial Doce Calles.

⁵⁴ Para un estudio detallado de Cruces, véase John Dumoulin, *El movimiento obrero en Cruces, 1902-1925. Corrientes ideológicas y formas de organización en la industria azucarera*, un volumen de la serie *Las clases y la lucha de clases en la sociedad neocolonial cubana*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1981. Sobre 1917, véase Dumoulin, *Azúcar y lucha de clases 1917*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1980, especialmente la p. 85.

de obra y a veces como dependientes del ingenio; y trabajadores a sueldo para quienes tanto los colonos como los dueños eran los patronos. El mundo rural estaba segmentado por múltiples divisiones partidistas y por un acceso desigual a los frutos de la ciudadanía que dependía de la raza.

En 1895, un gran número de habitantes rurales —jornaleros, capataces, pequeños propietarios, modestos cultivadores de caña— vieron la división entre los oficiales españoles que gobernaban y los cubanos que eran gobernados como algo crucial. No obstante, al concluir la guerra, las alianzas quedaron abiertas a una renegociación. Tal vez, lo más sorprendente sea que estas divisiones nunca se consolidaron de una manera definitiva. En los campos de caña en Louisiana, por el contrario, un breve experimento de movilización interracial en la década de 1880 fue silenciado por una ráfaga de represión racista, y el silencio político fue casi definitivo debido al ascenso de un partido blanco abiertamente supremacista, preparado para recurrir a la fuerza en cualquier momento. Pero en Cuba el asunto constantemente era revisado.⁵⁵

Se pueden señalar tres características que parecen haber evitado la consolidación de la alternativa del supremacismo blanco explícito. La primera es que los hacendados cubanos, a diferencia de sus colegas en Louisiana, no tenían la opción de depender exclusivamente de una fuerza de trabajo negra. Después de la emancipación, muchos afrocubanos abandonaron las regiones azucareras para migrar a tierras baldías en las montañas de Santa Clara o de Oriente. Más aún, muchos cubanos tenían acceso a parcelas, lo cual les daba un margen de independencia que los hacía trabajadores menos “confiables”. Una fuerza de trabajo enteramente negra, o aun enteramente cubana, no figuraba como opción; para hacer que crecieran las plantaciones había que recurrir a trabajadores adicionales. Aún si los terratenientes hubieran querido privilegiar a los trabajadores blancos en el sector industrial de los ingenios, la realidad de la migración por temporada significaba que tanto el campo como los ingenios tendrían

⁵⁵ Este contraste está desarrollado en Rebecca J. Scott, “Relaciones de clase e ideologías raciales: acción rural colectiva en Louisiana y Cuba, 1865-1912”, *Historia Social* [Valencia, España] (1995).

que ser trabajados por gente de distintas nacionalidades e identidades socio-raciales.

En segundo lugar, aunque la élite cubana tendía a compartir principios racistas y de exclusión, no había un partido político dispuesto a arriesgar su futuro con una plataforma de abierto supremacismo blanco. El discurso de finales de siglo XIX sobre los beneficios “civilizadores” de la inmigración blanca tuvo su contraparte a principios del siglo XX; sin embargo, había poco futuro para un partido que descalificara a los votantes afrocubanos en una sociedad donde la tercera parte, aproximadamente, estaba clasificada como gente “de color”.⁵⁶ Aunque las restricciones de propiedad y alfabetismo reducían inicialmente el electorado a una fracción de la población, la “cláusula de los soldados” permitía la participación de todos aquellos que hubieran servido en el Ejército Libertador antes del 18 de julio, 1898. Después de 1902, la Constitución cubana garantizó un sufragio masculino casi universal de los que tenían la ciudadanía cubana.⁵⁷ El populismo manipulador de José Miguel Gómez, que estableció alianzas interraciales con los veteranos a nivel local, fue una estrategia más lógica que un explícito llamado al supremacismo blanco.

Finalmente, la Guerra de Independencia destacó a un grupo significativo de veteranos afrocubanos con una amplia experiencia de liderazgo. Aunque la gran mayoría quedó al margen de la vida política nacional, eran organizadores potenciales a nivel local. Algunos se convirtieron en líderes de los lancheros o los azucareros; otros crearon núcleos de resistencia rural. Pocas fuentes históricas nos pueden ofrecer una verdadera mirada a sus ideologías; pero sus acciones sugieren que estaban comprometidos con repetidos desafíos, frecuentemente interracial, es al creciente poder de los ingenios y sus dueños.

Desde el punto de vista de la Cuba central, entonces, la transición de la alianza interracial a la represión racista aparece como menos definitiva. La actividad interracial siguió ocurriendo alrededor y a pesar de continuas tensiones raciales y de clase. Los esquemas de vida compartidos produjeron momentos de relativa unidad en el mundo

⁵⁶ El censo de 1899 consideraba a 1,052,000 residentes de Cuba como “blancos” y a 520,000 como “de color”. Véase U.S. War Department, *Report on the Census of Cuba, 1899*. Washington: Government Printing Office, 1900, p. 220.

⁵⁷ Para una discusión sobre el sufragio, véase Pérez, *Cuba between Empires*, pp. 310-311.

de la caña; la inseguridad, la represión y la manipulación política lograron, sin embargo, debilitar estas alianzas. La experiencia de Cienfuegos parece sugerir que ni el antirracismo ni el racismo fueron necesariamente una característica más "básica" o "esencial" de la lucha por la independencia. En sus múltiples variantes, ambos participaron en la trama de las complejas divisiones políticas y de clase de una isla sometida a una rápida transformación económica.

COMENTARIOS

Nell Irvin Painter

Es un placer especial comentar un ensayo de Rebecca Scott. A lo largo de los años, he admirado su trabajo y sólo desearía tener más habilidad para comentar lo que ella nos ha dicho en su excelente ensayo.

Hace una semana comenté un trabajo en el coloquio sobre "Cuestiones raciales" celebrado en Princeton. El título de la mesa que yo presidía, "Raza, Estado y creación del sujeto nacional" resulta curiosamente apropiado para comenzar mis comentarios sobre el ensayo de Rebecca Scott. La semana pasada, comparé el Estado y la nación. Vi el Estado como la organización política de un grupo de gente, resumida en el aparato gubernamental de un país o una federación —su legislación, policía, ejército y sistema jurídico. Los estados cuentan con el poder de coerción, y esa coerción puede ser discriminatoria, violenta, inclusive fatal, para sus ciudadanos.

El Estado en cuestión ahora es Cuba; y a principios del siglo XX, Cuba tuvo, como Estado, una existencia estructural y material. En 1912, el Estado cubano actuó de una manera racista para aplastar las protestas de los trabajadores.

La nación, por otro lado, aparece generalmente como el aparato ideológico del Estado, que provee una especie de vínculo viviente entre la estructura del Estado y la narrativa de una nación. La existencia de una nación es discursiva, y la nación exige un relato que no sólo es historia, sino una justificación de su propio ser. Como demuestra Rebecca Scott, un aspecto crucial de la narrativa nacional en Cuba fue la unidad trans-racial: a finales del siglo XIX, los cubanos trascendieron las divisiones de raza para derrotar sus amos españoles. El símbolo de la nacionalidad cubana en 1898 era una negación de la jerarquía racial.